

Róbinson Hermansen.

El progreso según Spencer, y la asociación profesional

I



EXISTE una ley del progreso, esto es, una relación constante e invariable entre lo que llamamos progreso y las causas que lo generan? ¿Existe el progreso mismo? He aquí las preguntas que se han hecho los más preclaros genios filosóficos del mundo.

El enciclopedista marqués de Condorcet, escribió la obra *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, con lo que quiso probar que el progreso existe y que se proponía encontrar el orden según el cual se había realizado en la humanidad.

Enrique de Saint-Simón escribió: «Es tan difícil sustraernos al impulso del progreso, como es imposible sustraernos al impulso primitivo que hace que gire la tierra alrededor del sol». Supone, pues, existente el progreso y propone una ciencia especial, que él llamó *fisiología social*, para que se ocupe de su estudio.

Este concepto de progreso lo han compartido genios eminentes del mundo entero, como Víctor Hugo, quien se lo figuraba como un fantasma, como un monstruo, un leviatán, que marcha irresistiblemente abriendo senderos y rutas nuevas al espíritu humano.

Y bien, si existe el progreso humano, ¿es tangible, qué forma tiene, cuál es el principio motor que le da impulso, cuáles son sus procedimientos y cuáles sus resultados?

El progreso es tangible porque es tangible la cosa que le sirve de instrumento para realizarse: la sociedad, organismo social o superorganismo llamado por Spencer, que tiene una existencia perfectamente real en cuanto su desarrollo está sometido a la ley de la evolución y en cuanto se manifiesta en su vida externa por hechos o fenómenos sociales de orden de psicología colectiva, que consisten en modos de obrar, como la moral, las costumbres, usos, hábitos, reglas jurídicas; en modos de pensar, como las creencias, sistemas filosóficos, conocimientos científicos, opinión pública; y en modos de sentir, como el amor a nues-

tros semejantes, la compasión por los desgraciados, la caridad, la filantropía, la tolerancia de las ideas contrarias. Estas manifestaciones del cuerpo social son perfectamente reales, como las que en el orden psicológico individual se manifiestan en la forma de fenómenos sensitivos, intelectuales y volitivos.

Si el progreso es algo tangible ¿qué forma tiene? Para Blas Pascal la humanidad es «como un hombre que subsiste siempre y que avanza continuamente». Según esto, el progreso aparece como una línea recta ascendente indefinida. Pero esto no es sino una ilusión del espíritu. El progreso no es uno ni sigue invariablemente una línea recta.

Para René Worms y otros el progreso sigue una línea ondulante o quebrada, formada de vaivenes, de altos y bajos, de progresiones y regresiones, a la cual puede aplicarse la bella frase del propio Pascal: Dos pasos adelante, después, un paso hacia atrás; una irresolución, un reposo. Después, tres pasos hacia adelante y todavía uno hacia atrás; un alto. Y ahora, decididamente, ¡hacia adelante!

Otros todavía proponen una parábola cuyo punto de partida estaría sumergido en el misterio del pasado y cuyo punto de llegada se supone ubicado en el misterio del futuro.

El filósofo napolitano Juan Bautista Vico imaginó, por el contrario, que el progreso seguía una línea circular y que, constantemente, volvía a su punto de partida. Formuló su famosa teoría de los *ricorsi*, sintetizada en aquella frase, según la cual los pueblos, como los individuos, nacen, crecen, laboran y desaparecen. Pero aún una observación imperfecta deja ver que la humanidad nunca vuelve exactamente a su punto de partida, y que en sus regresiones siempre lleva consigo parte de sus progresiones.

Goethe, con el poder de la adivinación del genio, concibió el desarrollo del universo, a través de los tiempos, bajo la forma de una figura simbólica que parece explicar, mejor que cualquiera otra, la inmensa variación de las cosas. Es una espiral que sube y cuya curva se ensancha al elevarse. Los progresos alcanzados estarían sobre el mismo eje vertical, pero a un nivel horizontal más elevado y más amplio. En sus retrocesos se replegaría sobre sí misma, acumulando, en su marcha regresiva, los progresos ya conquistados.

En verdad, la humanidad vuelve sobre sí misma, y se creería, a primera vista, que retorna, estéril en sus obras como en sus esperanzas, a su punto de partida; pero su retroceso es a una altura más elevada que el retroceso anterior y con una amplitud más grande.

El fenómeno no puede, en su conjunto, ser apreciado por la suerte de un solo pueblo, naciendo, desarrollándose y muriendo; sino por la colectividad de los pueblos de una misma raza, transmitiéndose entre sí el genio de la civilización antes de morir alguno de ellos y reempezando la obra común, interrumpida solamente en apariencia. Grecia y Roma desaparecieron en su pomposa grandeza; pero las naciones modernas prosiguen las rutas por donde ellas marcharon triunfalmente y son sus verdaderas descendientes.

Esta fórmula del progreso ha sido ilustrada por numerosos autores: De la Grasserie, Ferri y otros, y es comprobable con ejemplos innúmeros.

Con respecto a la propiedad individual se nota una regresión a las formas desaparecidas de la propiedad colectiva, como ocurre en la concepción que de ella se van formando los economistas innovadores y tratadistas de sociología jurídica en aquel concepto nuevo de propiedad-función, sin hablar de los socialistas colectivistas que preconizan la socialización de los medios de producción, dejando los medios de consumo como propiedad individual. Esta regresión propietaria a la forma colectiva no sería sino aparente, porque la maravillosa institución, instrumento de progreso, conservaría sus formas esenciales, en cuanto estas formas sean susceptibles de dar un mayor rendimiento social.

El movimiento feminista actual sería otro ejemplo. Sabido es que en las sociedades primitivas las mujeres se ocupan de los trabajos más duros. En una evolución social más avanzada se dedican a los cuidados domésticos únicamente. En la actualidad reclaman una igual opción que el hombre a todos los trabajos, exceptuando, naturalmente, los trabajos más penosos, como los trabajos en el fondo de las minas, los de noche en la industria, etc.

Desde el punto de vista religioso ocurre otro tanto. Originariamente se creyó que el hombre podría llegar a la felicidad en el curso de su vida individual. Luego se ubicó esta felicidad en ultratumba. Ahora se vuelve a pensar que los hombres pueden alcanzar la felicidad, pero en una época futura.

Son estas algunas ilustraciones de la forma de espiral que seguiría el progreso, en las cuales puede notarse la vuelta aparente al punto de partida; pero conservando siempre las formas superiores de la evolución.

II

La civilización, el progreso o lo que se llama tal, es un hecho esencialmente complejo y, por lo tanto, difícil de encerrar en una fórmula matemática. Todo lo dicho es, pues, simplemente aproximado.

¿Cuál es el principio motor que da impulso al progreso?

La necesidad fisiológica, primero, y la necesidad de orden mental o deseo, en seguida, La necesidad es el nómeno, el imperativo categórico del progreso. Espiritualizada por los poetas, reclamada groseramente por los incultos, la necesidad mueve y orienta el mundo hacia un perpetuo devenir.

Las necesidades o deseos aumentan. Mientras más diferenciado y complejo es el hombre, esto es, mientras más civilizado, más necesidades o deseos tiene. Problema irresoluble. Tarea de Sísifo escalando la altura de la felicidad humana.

Veamos cómo se satisfacen las necesidades o deseos entre los hombres.

Siendo el individuo el elemento primario, irreductible de la sociedad, la satisfacción de sus necesidades tiene un carácter egoísta, en oposición a la satisfacción de las necesidades de sus congéneres. De esta oposición de deseos y de intereses para satisfacerlos, nace la lucha. La lucha es un fenómeno general en

el mundo viviente. El *struggle for life* de Darwin está en el fondo de todo acto humano. Felizmente no es un fin la lucha, sino un medio que termina con la consecución de la verdadera finalidad: la finalidad es el hombre mismo; la sociedad, un medio para alcanzarla.

La sociedad es el más elocuente testimonio de la solidaridad humana. Los hombres, demasiado débiles para bastarse individualmente, se agrupan siguiendo sus afinidades utilitarias para la satisfacción de sus necesidades comunes, dando lugar a un producto nuevo, de carácter social: la solidaridad. La cooperación, la solidaridad, complementa y limita la lucha social por el equilibrio y armonía de las fuerzas contrarias. La solidaridad es la flor de fango de nuestros dolores y miserias.

III

¿Cuál es el resultado de este progreso conseguido a costa de tanta lucha y dolor?

Muchos han sido los conatos filosóficos que se han hecho para resumirlo; pero ninguno de ellos más célebre y explícito que el de Herbert Spencer.

Para este sabio, la humanidad pasa, en su camino hacia el progreso, de la homogeneidad confusa a la heterogeneidad coordinada.

Ilustremos brevemente esta ley sociológica con el ejemplo de nuestro propio país.

En el periodo de la conquista, el país está ocupado por tribus aborígenes homogéneas, yuxtapuestas en el gran territorio. Entre ellas no hay diferenciación. Apenas se conocen. Sólo se ponen en contacto en determinadas circunstancias para hacerse la guerra. En la organización social interior no existe casi la división del trabajo: apenas si está dividido por sexos y entre los menesteres agrícolas, practicados por las mujeres, y los de la guerra, practicados por los hombres. Puede decirse que tanto en el interior de las mismas tribus, como en todas las tribus que pueblan el territorio, existe en ellas y entre ellas, la homogeneidad y la confusión sociales.

Tomemos el país en nuestros días. El aspecto ha cambiado completamente. A la homogeneidad social ha sucedido la heterogeneidad social. El pueblo se ha diferenciado. La gran ley de la división social del trabajo ha adquirido un desarrollo admirable: profesiones liberales, empresas industriales y comerciales, sociedades anónimas, asociaciones de todas clases persiguen un perfeccionamiento moral y material constante. Tenemos un país más diferenciado, más heterogéneo; pero, al mismo tiempo, más coordinado, más armónico en la prosecución de sus ideales de mejoramiento colectivo.

Como complemento y corroboración de su ley de la evolución, Spencer distingue dos tipos de sociedades: el tipo militar y el tipo industrial, y el reemplazamiento gradual del primero por el segundo.

Las guerras napoleónicas habrían perturbado, para Spencer, el funcionamiento de su admirable ley de la evolución; y habría llegado el caso de pre-

guntarse si la guerra mundial reciente no habría sido un nuevo tropiezo a su funcionamiento.

En efecto, en la época anterior a la gran guerra, el mundo había llegado a la cúspide de su apogeo industrial. Una de las obras más formidables del intelecto puro había consistido en la creación de la ciencia europea y en su materialización, que la condujo al período mecánico de la historia mundial.

El mecanicismo del mundo de que habla Walther Rathenau en su obra *Où va le monde*, había alcanzado el sumo grado de perfección: utensilios perfectos, grandes máquinas de fuerzas formidables manejadas por mujeres y niños; cantidades enormes de dinero reunidas mediante la invención ingeniosa de las sociedades anónimas; ejércitos de obreros dirigidos semi-militarmente. Todo un mundo nuevo industrial.

Todo este esfuerzo ciclópeo humano, conseguido mediante una lucha económica ardiente entre individuos, sociedades y pueblos, cae momentáneamente por la guerra mundial.

Las guerras napoleónicas, la guerra mundial ¿son simples perturbaciones, como cree Spencer, a la ley de la evolución?

A juzgar por las guerras napoleónicas, que no lograron detener el impulso industrial del mundo, la guerra mundial sería simplemente un episodio interesante en la evolución de los pueblos.

Buena o mala la ley de la evolución social (pues, después de madura reflexión, es menester desligar de ella todo concepto de mejoramiento, y tomarla simplemente como sinónima de desenvolvimiento o transformación, sin agregarle ninguna idea de finalidad), seguiría funcionando y dándole razón a Spencer en el sentido de fundamentar más y más las sociedades sobre el tipo industrial.

IV

La aspiración de todas las naciones civilizadas, el fin supremo de la política moderna es la paz universal. Todos los países concurren en el clamor de pedirla. Los pueblos no se resignan al estado de desorden y de incertidumbre en que vive el mundo entero desde hace cuatro años. El lema de Augusto Comte, *orden y progreso*, brota espontáneamente de todos los labios.

Nos encontraríamos entonces en presencia de una regresión humana aparente, explicada por la figura simbólica de la espiral de Goethe. La humanidad habría retrocedido aparentemente; más bien, se habría concentrado en sí misma, para echar mano de todos sus recursos aun disponibles, y, en un instante supremo de angustia, franquear nuevamente los linderos de una nueva vida, en busca siempre de mayor bienestar y mayor progreso.

Toda decadencia orgánico-individual u orgánico-colectiva, lleva consigo los gérmenes de una nueva vida, y esta nueva vida no puede resultar sino de un despertar del alma, del alma colectiva. En lo más profundo de las almas colectivas han germinado siempre las saludables, supremas resoluciones, gracias a las cuales la humanidad se regenera.

El dominio de las fuerzas naturales puede considerarse completo. La materialización, el mecanicismo del mundo es un triunfo del ingenio humano. El hombre ha triunfado sobre el cosmos; ahora es menester que triunfe sobre sí mismo.

He aquí en toda su claridad la imagen de Goethe: el mundo ha retrocedido efectivamente para tomar en su nuevo impulso hacia la perfección los elementos sociales nuevos de progreso que ha ido generando la marcha hacia el mecanicismo industrial: ciertas maneras de obrar colectivas, usos, costumbres, reglas jurídicas que llevan el nombre genérico de moral. A esta nueva orientación contribuyen ciertas maneras de pensar, también colectivas, como los sistemas filosóficos y programas de reformas sociales, el socialismo mismo, que colocan en la base de sus especulaciones la justicia social; ciertas maneras de sentir, como la repulsión que experimentamos por la ajena desgracia, por la ajena miseria, y que en conjunto dan por resultado ese maravilloso venero de sentimientos que lleva el nombre de *humanitarismo*, sentimientos que dominan a todos los otros.

Hombres de ciencia notables como el naturalista inglés Alfredo R. Wallace, han hecho notar el vacío de nuestra civilización, escribiendo: «En comparación con nuestros admirables progresos en las ciencias físico-químicas y de sus aplicaciones prácticas, nuestros sistemas de gobierno, de justicia administrativa, de educación nacional, toda nuestra organización social y moral, se encuentran en estado de barbarie.

Si la época que hemos vivido ha sido dura, deber es nuestro penetrarla de nuestra sensibilidad, de nuestro amor, hasta que se hayan disipado las últimas espesas tinieblas que disimulan la luz.

En sus consideraciones filosóficas sobre la organización social de mañana, Walther Rathenau, en la obra citada, dice que hasta ahora la producción de las riquezas ha sido considerada únicamente de interés colectivo. Esto, según él, no debe continuar siendo así: el consumo de las riquezas debe tener el mismo carácter. Rathenau confirma de este modo la manera de pensar de Federico Bastiat, quien en su lecho de muerte, como un testimonio de ultratumba, recomendaba a sus discípulos: «La economía política debe tratarse únicamente desde el punto de vista del consumidor». El mismo Platón en su obra *Las Leyes*, intentó organizar la economía doméstica, la única conocida de su tiempo, no tanto desde el punto de vista de la producción cuanto del consumo.

Inmensas son las consecuencias que se derivan de estas nuevas concepciones económicas: tratar la producción y el consumo conjuntamente como de interés colectivo; tratar la economía política desde el punto de vista del interés del consumidor es, simplemente, dejar de considerar la producción como teniendo un fin en sí misma, como se ha hecho hasta ahora, y darle su verdadero carácter de medio para satisfacer las necesidades humanas. Tratar los problemas económicos desde el punto de vista del consumidor es elevar al hombre a su verdadera categoría de rey del universo.

Las sociedades modernas tienden, pues, a dar satisfacción a la suprema máxima moral de Manuel Kant, según la cual debemos considerar la persona de nuestro prójimo como un fin, y nunca como un medio; y a la concepción social

de César Becharia, según la cual el fin de la sociedad debe estar subordinado al fin del hombre. He aquí por qué, en conformidad a la fórmula kantiana, debemos respetar la personalidad humana en donde se encuentre, es decir, en nosotros mismos y en nuestros semejantes.

V

Numerosas son las manifestaciones sociales que nos indican de una manera palmaria que la sociedad se encamina hacia estas finalidades supremas. La más visible de todas, por tratar de cristalizar estas manifestaciones en su dinamismo, es la que se llama *legislación social*.

Tiende esta legislación a dignificar ante nosotros mismos la persona de nuestro prójimo, a respetar la dignidad humana, a ser con ella justos; a que cumplamos honradamente con nuestra tarea; a que trabajemos por que cada uno sea llamado a la función que pueda mejor llenar y reciba por ello el justo precio de sus esfuerzos.

Una obra semejante ha de ser lenta y penosa. A su realización se oponen tradiciones y leyes. Todo un cortejo de intereses creados y pasiones candentes resisten obstinadamente la corriente innovadora.

La balanza gravita siempre hacia el pasado; las fuerzas nuevas no alcanzan a equilibrarla. Todo progreso hecho es un obstáculo a todo progreso por hacer. Las clases en posesión del poder, según Stuart Mill, nunca se han servido de él en beneficio de las clases débiles.

¿Cómo incorporar entonces estas nuevas reglas de conducta estereotipadas, estas leyes, en el nuevo modo de ser social de una manera efectiva, y no en una forma convencional y artificiosa como ahora?

He aquí la planteación del problema. La solución ha sido dada, sobre todo, por dos grandes exponentes del intelecto universal, Enrique George y Emilio Durkheim: *la asociación humana*.

La asociación, fruto espontáneo de la naturaleza imperfecta y perfectible del hombre, demasiado débil para bastarse a sí mismo, es el instrumento llamado a encarnar, en la nueva sociedad que empieza a balbucear, los nuevos principios de moral que hace ya cerca de dos mil años constituyeran el último anhelante suspiro del Hombre-Dios, símbolo redivivo de la humanidad regenerada.

La asociación humana, ampliación de la familia humana, es, como la familia misma, un laboratorio de moral.

Así como la moral familiar, creación asombrosa del mundo antiguo, y reencarnada en los modernos códigos, es la base de la sociedad actual, la moral social, creación de la asociación humana, ampliación de la familia, está destinada a ser la base de la sociedad futura.

Haced que los padres, decía Napoleón legislador, guarden orden en la familia; yo, de mi parte, guardaré orden en el Estado. De la misma manera los gobernantes modernos dirán en breve: respetemos la moral social, producto de las asociaciones humanas, que así guardaremos el orden en nuestros gobiernos.

Y la asociación humana constituye toda nuestra civilización. La evolución social toda no es, en síntesis, más que un proceso creciente de asociación y cooperación. Son las instituciones sociales propiamente tales los medios de que los hombres se valen para mejorar sus condiciones morales y materiales de vida, las que forman nuestra cultura. El estado, la iglesia, la universidad, el ejército, toda nuestra civilización actual, no son más que instituciones sociales.

Pero al lado de estas instituciones, que representan el mundo tradicional, han surgido, en todos los momentos de la historia, las instituciones profesionales, que han tendido o tienden a señalar una nueva ruta a la civilización.

Ellas nacen en el mundo de cultura clásico griego en la forma embrionaria de *heterías y eranos*. Al declinar la civilización helénica, reaparecen en la Roma imperial con el nombre de *colegios* de artesanos. Culminan en el reinado de Augusto y declinan conjuntamente con toda la civilización romana.

Hacia el siglo XI de la Edad Media vuelven a aparecer bajo la forma de *corporaciones* o *gremios*. Estos, ampliación y especialización profesional de la familia antigua, generan una civilización nueva y una moral profesional en armonía con ella. Concluyen hacia el siglo XVI con un himno de paz y de felicidad sociales.

En este siglo nótanse los primeros balbuceos de un nuevo régimen industrial. Pero, con todo, las características esenciales del régimen se mantienen hasta la Revolución Francesa, la cual abroga todas las corporaciones o gremios, y, como una supervivencia y peligro de la estructura social muerta, el derecho de asociación entre los hombres.

VI

Estamos en el año histórico de 1789. No solamente Francia, sino todos los países de Europa, han adherido a la política francesa. Así, en Inglaterra (1824), se castigaba a los obreros que se asociaban con la pena mínima de la pérdida de las orejas y con la máxima de muerte. Con ligeras diferencias, en todos los países de Europa, más o menos, ocurrió lo mismo.

Sin embargo, los obreros, por instinto se asociaban bajo la forma de sociedades de socorros mutuos, de recreación, instrucción, etc. Hasta que el año 1864 el emperador Napoleón III, deseoso de congraciarse con la clase obrera, a cuya tolerancia debía en parte su elevación al trono, derogó los artículos 414, 415 y 416 del Código penal francés, que prohibían la coalición y la huelga.

Pero el derecho de asociación no existía. De manera que se presentó la situación curiosa de tener los obreros la facultad de declararse en huelga, y no tener el derecho al antecedente previo de toda huelga: el derecho de asociación.

Esta antinomia fué resuelta por la ley sobre sindicatos profesionales de 21 de Marzo de 1884, debida a la iniciativa y perseverancia del estadista René Waldeck-Rousseau. Desde esa fecha los obreros han podido asociarse libremente en todo el mundo para mejorar su situación material y moral. Caso todavía más curioso, sólo por la ley de 1.º de Julio de 1901 se ha reconocido a todo ciu-

dadano francés, sin distinción de clases, el derecho de asociación pleno, sin autorización ni declaración previas.

Nuestra Constitución política promulgada el 25 de Mayo de 1833, estampó en su artículo 10-6, entre los derechos de interés público, «el derecho de reunirse sin permiso y sin armas», que equivale al derecho de coalición de los franceses reconocido por ley de 25 de Mayo de 1864; y «el derecho de asociarse sin permiso previo», que corresponde al francés de 1.º de Julio de 1901, sobre las asociaciones de personas. Ultimamente se ha dictado entre nosotros la ley sobre organización de los sindicatos industriales (8 Sept. 1924), ley que debería llevar por título, como la francesa de 1884 que le sirve de norma, de agrupaciones profesionales.

Hoy, pues, la asociación humana es una institución social de la más grande importancia, llamada a dar la característica, a marcar la fisonomía de las sociedades venideras. Un país, una nación, no podrá mantenerse sino interponiendo entre el Estado y los particulares una serie de agrupaciones secundarias suficientemente próximas de los individuos, para compelerlos fuertemente hacia su esfera de acción y encauzarlos en el torrente general de la vida social. En las manifestaciones de la vida diaria los hombres obran y piensan como los otros miembros del grupo profesional.

Por esto es por lo que Enrique George no titubea en dar a la asociación humana el calificativo de *ley del progreso*. Y es que ella está llamada a completar el concepto de justicia social que encarna el movimiento de legislación obrera contemporáneo.

La familia, creadora de la moral familiar, base de nuestra estructura social, ha sido destruída por la ley económica de la grande industria o concentración industrial, la cual, mediante la utilización del vapor y la electricidad, ha podido establecer empresas industriales en los centros urbanos y atraer hacia sí, además del elemento obrero hombre, a las mujeres y a los niños, y está llamada a ser sustituída por la asociación profesional, producto lógico del medio industrial moderno, que lleva aparejado la cohesión de los trabajadores en grupos de clase.

Un grupo de hombres, siguiendo sus afinidades profesionales, no es solamente una autoridad moral que supervigila la vida de sus miembros, sino que es también una fuente de vida *sui generis*. De él se desprende un calor que calienta y reanima los corazones, que los abre a la simpatía, que hace fundir los egoísmos. La familia ha sido en el pasado la legisladora de un derecho y de una moral, al mismo tiempo que el medio en donde los hombres han aprendido, por vez primera, a experimentar las efusiones del sentimiento. De la misma manera, el papel de la asociación profesional debe consistir en crear la moral profesional, en establecer reglas jurídicas o en aplicar las existentes, y en ser fuente de donde desbordan los más profundos sentimientos de regeneración social.

Ninguna modificación importante podrá introducirse en el orden jurídico si no se comienza por crear el órgano necesario a la institución del derecho nuevo. Porque no basta que haya leyes, reglas de conducta que cristalicen un modo nuevo de convivencia humana para cambiar la fisonomía de una época. Es menes-

ter que estas leyes se hayan incorporado en el alma colectiva en espíritu y en verdad. Y esta transfusión de sangre nueva moral en el cuerpo colectivo no puede conseguirse sino por la asociación, por el equilibrio de las fuerzas del pasado y del presente: el pasado, cuyo cenit glorioso vemos el año 1914; el presente, que se debate en un período de desintegración y que busca, afanoso, su reintegración.

El industrialismo y la asociación son las características más sobresalientes de nuestros días. El industrialismo justifica plenamente la segunda parte de la ley de evolución de Spencer, según la cual las sociedades pasan del tipo militar al tipo industrial, y a la sustitución progresiva del primero por el segundo.

El tipo industrial de sociedad es el llamado a sobrevivir y desarrollarse, porque él implica más orden, más división de funciones, más diferenciación social, y, de consiguiente, más cultura, más paz y felicidad sociales; más coordinación, más armonía.

Pero para que esta evolución benéfica no sufra espasmos regresivos, es menester que la asociación humana regularice la corriente y enfoque resueltamente el porvenir.

El hombre, rey del mundo, ha puesto su dominio sobre el cosmos; es menester que lo ponga ahora sobre sí mismo por medio de la asociación. Y entonces tendremos la imagen exacta del progreso, tan ingeniosa y plásticamente expresada por Ives Guyot: El progreso está en razón directa del dominio del hombre sobre el cosmos; y en razón inversa del dominio del hombre sobre el hombre.

ROBINSON HERMANSEN